

## **V. El lector: el receptor del significado**

Los expertos en la hermenéutica hoy en día reconocen que el lector siempre trae su preentendimiento al encuentro con el texto, y esto influye en su interpretación de una manera importante. Hasta aquí el lector bíblico debería estar de acuerdo. Pero en el ámbito posmoderno muchas veces el lector reina supremo en la interpretación, de manera que el autor y el texto quedan marginados. Incluso hay algunos que atribuyen tanta influencia al preentendimiento del lector en la interpretación que dicen que, propiamente hablando, no hay ningún sentido en el texto en sí, sino que el sentido se deriva de como el lector lo entiende según sus presupuestos.

Según eruditos como Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur, el entendimiento de alguna comunicación literaria es el resultado de la “fusión” entre el texto y el lector.<sup>1</sup> El significado realmente no se encuentra en el texto, sino en el acto de leer. El texto disfruta de una cierta autonomía de su autor, porque después de escribirse vive una existencia desatada de su contexto original, y se encuentra en una serie de contextos nuevos y ajenos. El autor de un texto no vive una experiencia común con su lector—los dos se ubican en contextos diferentes. Por lo tanto, el acto interpretativo no se trata de buscar *detrás* del texto para la intención del autor, sino *delante* de ello, concretamente en su fusión con el lector y sus presuposiciones. Para Gadamer y Ricoeur, el significado de un discurso literario se produce en un acto de co-creación, una especie de colaboración entre el texto y el lector.

Para muchos hoy en día, la interpretación no es un acto de *reproducir* el significado latente en el texto, sino de *producirla*.<sup>2</sup> ¿Cómo es que se puede sacar tantas interpretaciones distintas de un mismo texto? Si el significado está en el texto, si lo lleva “a bordo,” ¿cómo explicamos la diversidad de interpretaciones que suele haber? Una respuesta sería decir que el lector crea (por lo menos en parte) el significado del texto. Más lectores diferentes, más interpretaciones diferentes (todas ellas potencialmente legítimas). De aquí viene la hermenéutica *reader response* (en castellano, “respuesta del lector”).

Muchas teorías *reader response* son limitadas. Dicen que el significado se produce en la interacción entre el lector y el texto. El lector, en relación con el texto, es sujeto y objeto a la vez. Así el lector no es libre para hacer lo que quiera con el texto, sino que está controlado hasta cierto punto por ello. El mensaje del texto está esperando ser actualizado. El texto puede chocar con el mundo del lector y cambiarlo. Según tales teorías, el texto aún puede gobernar de una forma significativa la interpretación.

Pero para otros la teoría *reader response* significa autonomía total para el lector. Esta autonomía significa que el lector es libre para determinar el sentido de un texto. El texto no tiene ningún control sobre la interpretación. Incluso, el mismo texto es en parte constituido por el acto interpretativo del lector. Vanhoozer cita como representante de esta postura Stanley Fish, quien dice que el lector *es* el autor. Es el lector que fabrica el sentido del texto.<sup>3</sup> Bajo este esquema, no existe ningún control para las interpretaciones aparte de las comunidades interpretativas. Son estas

---

<sup>1</sup> Vanhoozer, *Is There a Meaning*, 106.

<sup>2</sup> *ibid.*, 149.

<sup>3</sup> *ibid.*, 56.

comunidades que deciden cuales son las maneras “legítimas” para leer el texto. La “verdad” es lo que le parece bien a la comunidad. Lecturas permitidas son las que sirvan un propósito que la comunidad estima como práctico o útil.

En el mundo de los estudios bíblicos, los eruditos toman cada vez más en serio el papel del lector en la interpretación. Se está reconociendo que nadie se acerca al texto objetivamente. Todos leen la Biblia con una serie de creencias ya establecidas, preguntas por hacer, y una serie de cosas que quiere o no quiere encontrar en el texto. Se reconoce que los prejuicios que tiene el interprete bíblico le hacen dar preferencia a diferentes aspectos del texto o a ciertas interpretaciones.

En algunos círculos este reconocimiento está dando frutos muy positivos. Parece que el mito del “interprete objetivo y neutral” está dejando de tener tanta influencia (el “interprete objetivo y neutral” es el que supuestamente se acerca al texto sin prejuicios). Es cierto que el subjetivismo es un peligro en la interpretación, pero también es cierto que es inevitable—¿quién se acerca a la Biblia sin ningún prejuicio? Por lo tanto, no se trata de ignorar o negar el componente subjetivo de la interpretación, sino de manejarlo bien. Así qué la hermenéutica evangélica contempla la interpretación cada vez más según el modelo del “círculo hermenéutico.” Este modelo reconoce que es imposible ser totalmente ignorante teológicamente hablando al acercarse uno al texto. De hecho, tampoco sería ninguna virtud. El preentendimiento teológico puede ser bueno para la interpretación, depende como se aplica (es el conocimiento acumulado que nos permite entender nuevos conceptos). En vez de intentar leer la Biblia fingiendo que no tenemos presuposiciones, es mejor venir al texto con las convicciones muy claras para poder controlar mejor como ellas pueden o no influenciar la lectura. ¿Si no sabemos cuales son nuestros prejuicios, cómo sabremos cuando hará falta cambiarlos? La clave es tener una conciencia clara de cual es nuestro preentendimiento y estar abiertos a cambiar nuestros esquemas si el texto nos lo obliga. Esto es el círculo hermenéutico: el dialéctico entre el texto y nuestro preentendimiento. En tal dialéctico el preentendimiento informa la lectura del texto y el texto confirma o cambia el preentendimiento. Ahora bien, hay que insistir que nuestro preentendimiento tiene que acabar conformándose al texto, y no visa versa. Esto es de las reglas hermenéuticas más difíciles de aplicar, y la transgresión de ella ha producido más errores y herejías quizás que cualquier otro fallo interpretativo (como vimos en los primeros artículos de esta serie).

El enfoque en el lector también resalta la importancia de las preguntas actuales del ministerio o de la sociedad que el lector aportar a la lectura de la Biblia. A veces el hecho de acercarse a un texto con una serie de preguntas e inquietudes frescas puede destapar ideas que no hubieran sido entendidas desde otras perspectivas. No obstante, siempre existe el peligro de atribuir demasiado poder al lector en la interpretación, y encontrar enseñanzas en el texto bíblico que no se desprenden de él de forma natural. Por ejemplo, hay muchos lectores “ideológicos” hoy en día que permiten que su agenda político o social gobierne sus interpretaciones, como son los lectores de la teología de la liberación o la teología feminista. Repito: no es cosa mala dejar que preguntas y preocupaciones frescas destapen matices del sentido del texto—pero tenemos que ir con cuidado para no perder de vista que el texto establece límites sobre cuales son las interpretaciones posibles. De nuevo, hemos de ejercer respeto y sumisión hacia la intención del autor expresado en el texto.

Vanhoozer expresa bien la manera de manejar bien el elemento subjetivo de la interpretación (rol del lector) cuando habla de las “virtudes hermenéuticas.”<sup>4</sup> Según Vanhoozer, el interprete tiene que tener no solamente las herramientas interpretativas (conocimiento de los contextos históricos, los idiomas, los géneros, etc.), sino que también hace falta cierta madurez personal para interpretar bien. Una buena interpretación que se conforme a la intención de los autores bíblicos depende no solamente de las técnicas del interprete, sino también de su disposición.

Una de las virtudes hermenéuticas es la responsabilidad. En la lectura de cualquier libro, incluso cuando uno no está de acuerdo con sus argumentos, el lector tiene la responsabilidad de respetar e interpretar bien la intención del autor—de escuchar su voz, no la voz de uno mismo. Tenemos la responsabilidad de *reproducir* el significado del texto cuando leemos, no *producirlo*. Otra virtud hermenéutica es la humildad. La humildad es especialmente importante para la interpretación bíblica, porque con la Biblia, a diferencia de los demás libros, no se le puede aceptar o rechazar sus enseñanzas según el criterio del lector. Una cosa es criticar otras interpretaciones humanas del texto, otra cosa es criticar el texto sagrado directamente. Por cierto, esta crítica puede ser muy sutil—lo hacemos implícitamente cada vez que no dejamos que la enseñanza de la Biblia cambie nuestras maneras equivocadas de pensar o actuar.

Aquí es donde hemos de contar con la ayuda del Espíritu Santo. El Espíritu obra en nosotros cuando leemos la Biblia. ¿Qué quiere decir esto? Demasiada gente en el mundo cristiano piensan que la guía del Espíritu consiste en la aportación de nuevos mensajes aparte de, o ajenos a, la Palabra. No debemos negar el papel sobrenatural del Espíritu guiándonos, pero hemos de entender que su guía se ejerce principalmente en relación con la Biblia. El Espíritu, en vez de traer mensajes nuevos, trae entendimiento y aplica al lector el sentido que Dios ya ha puesto en el texto (Jn. 14:26). El Espíritu nos capacita para escuchar con humildad y obediencia. El obstáculo principal la recta comprensión del texto bíblico es nuestro pecado (Ro. 8:7-8). El Espíritu obra para quitar este obstáculo, santificando al lector, cambiando su disposición, capacitándole para entender (1 Cor 2:14-16). El Espíritu no quita la necesidad de meditar profundamente en el texto. Más bien lo que hace es darnos ojos para ver y oídos para oír lo que Dios nos quiere decir. Así que, la hermenéutica cristiana se hace en dependencia del Espíritu Santo, concretamente en su obra en nosotros orientando nuestros impulsos subjetivos.

Otro “control” para la subjetividad del lector es la comunidad. Hoy en día se habla mucho del papel de la comunidad en la interpretación. Para el creyente la comunidad interpretativa es la *Iglesia* (lo pongo con mayúscula porque se trata de la “Iglesia universal,” la de todos los tiempos, no solamente nuestras iglesias locales). Es necesario leer en comunidad, lo cual significa estar en dialogo con la tradición cristiana. La tradición es el cúmulo de conocimiento interpretativo que la comunidad histórica ofrece al lector moderno. Consiste en “familiaridad” acumulada con el texto. Esta tradición de la comunidad debe ejercer cierto control sobre nuestras lecturas. Si saco una interpretación de un pasaje que no cuadra con la sana doctrina o no tiene precedentes en la iglesia histórica, debería dudar de mi interpretación. ¿Acaso habré visto algo que nadie más ha visto en la Biblia a lo largo de 2000 años?

---

<sup>4</sup> Ibid., 369.

Aún así, la autoridad de la tradición es relativa: tiene un papel ministerial, no magisterial. Es decir, la tradición nos puede ayudar a conocer mejor la Biblia, pero la autoridad final para el creyente no reside en la tradición / Iglesia, sino en las Escrituras. Es por eso que las iglesias locales y nosotros como creyentes, tienen que estar siempre reformándose a la luz de la Palabra.

### **Conclusión**

Como seres comunicativos, estamos interpretando discursos variados a lo largo de cada día. Practicamos la hermenéutica siempre. Lo que ocurre es que los evangélicos no solemos ser tan conscientes de nuestra hermenéutica como debiéramos. Es necesario que seamos más reflexivos sobre nuestro proceder a la hora de interpretar la Biblia para escuchar mejor la voz de Dios. Una manera fácil de recordar varias pautas básicas de la hermenéutica bíblica es resumirlas bajo los tres encabezamientos que corresponden a los tres elementos principales de la comunicación textual: el autor, el texto, y el lector. El autor quiere comunicar un mensaje por medio de su texto al lector. Es la intención del autor la que sirve como punto de referencia objetivo para la comunicación textual. Siempre debemos interpretar buscando esta intención y no las nuestras (recordando las conexiones y diferencias entre la intención humana y la divina). Esta intención de autor se encarna en el texto bíblico. Este texto es totalmente inspirado por Dios, pero por eso no deja de ser humano—por lo tanto se tiene que leer prestando atención a sus elementos humanos, como son su lenguaje, gramática, géneros, contextos históricos. Como lectores no somos pasivos sino activos en la interpretación, y hace falta ejercer virtudes como la responsabilidad y humildad a la hora de someter nuestra subjetividad al texto. ¡Qué el Señor nos ayude a practicar mejor la hermenéutica!

Matt Leighton

Publicado en *Edificación Cristiana*, 2009-2010.